

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA CUARESMA 2001 «EL BIEN Y EL MAL»

Catedral de La Habana, 7 de marzo del 2001

El título de esta primera conferencia de Cuaresma, «La Cruz nos descubre el bien y el mal», necesita explicarse. Porque nosotros descubrimos el bien, que encontramos a nuestro alrededor en todo aquello que enriquece nuestra vida, que la hace agradable, que favorece nuestro desarrollo personal y descubrimos el mal en todo lo que es contrario a nuestro crecimiento moral y espiritual, en todo aquello que se interpone en el camino de nuestra vida hacia el progreso, el bienestar, en fin, todo lo que puede amenazar nuestra existencia física, o nuestra estabilidad o satisfacción espiritual.

De hecho, el bien y el mal no son dos realidades concretas que se encuentran en algún lugar y que nosotros tendríamos que descubrir como algo oculto, sino que bien y mal son dos conceptos que tienen que ver con nuestras propias personas, con lo que yo experimento como positivo, agradable, favorable a mí o como negativo, repugnante, amenazador para mi vida.

El bien total del hombre hacia el cual él tiende como a un fin es, según Santo Tomás de Aquino, la felicidad, pero él entendía esa felicidad como plenamente alcanzada, más allá de los sufrimientos de la vida y más allá de la muerte: Como el hombre fue creado para esa felicidad eterna, siempre está en busca de la felicidad en su vida. Pero, aun así, la felicidad no es un evento, no es una etapa del tiempo de la vida, no se halla en un lugar determinado, es un estado psicológico de complacencia, de agrado, de aceptación del curso de los acontecimientos, que produce satisfacción, gozo. Este estado puede darse en situaciones muy contradictorias y aun difíciles, porque, repito una vez más, depende mucho de la apreciación que hagamos los humanos del bien y del bien total del hombre que es la felicidad del encuentro definitivo con Dios.

En la filosofía moderna, para captar lo que es el bien como bien propio de cada uno, se ha incluido el concepto de valor. Una correcta filosofía de los valores añade, a la objetividad del bien, la apreciación que del mismo podamos tener nosotros. Me explico. Toda sana concepción de la vida debe hacer coincidir el bien con aquello que conviene plenamente a la naturaleza humana, por ejemplo, la salud, el amor, la capacidad creativa, el trabajo por el bienestar propio y por el de los semejantes, procurándoles a ellos una participación en mis bienes, favorecer la vida, el crecimiento espiritual del hombre, su desarrollo. Todo esto es propio de la naturaleza humana, es decir, del hombre dotado de razón y de libertad.

Pero ¿por qué un joven delincuente se dedica al tráfico de drogas? ¿Por qué alguien busca afanosamente un modo cómodo de vida, sin esfuerzo, por caminos de ilegalidad o de violencia? Puede haber muchas razones psicológicas, de educación familiar o escolar insuficiente, puede haber también el contagio social que lleva por el mal camino, pero en el punto de partida de la actuación de estos hombres jóvenes quizá no hubo la consideración del bien propio y del bien común como un valor, es decir, como algo por lo cual merece la pena esforzarse y luchar. Puede ser que el dinero en abundancia o fácilmente adquirido se haya convertido para esos jóvenes desde su juventud, y aun desde su niñez, subjetivamente, en un valor al cual se sacrifican muchos otros bienes, considerando que ese es el principal.

Por lo tanto, el bien puede intuirse, conocerse teóricamente, pero no llegar a ser apreciado como valor y, en este sentido, podemos decir que el ser humano en muchas ocasiones no descubre el bien donde realmente este se encuentra.

Más complicada aún es la relación del hombre con el mal. El mal tiene mil rostros todos horribles y amenazadores para el ser humano. El mal es incomprensible para el no creyente y para el creyente, hay una asociación forzosa entre el mal y el dolor. El dolor es la experiencia que los humanos tenemos del mal. Porque el mal no es una «cosa» que simplemente sucede o que está delante de

nosotros, sino que es la aparición de una traba o de un obstáculo entre el deseo instintivo de vivir y de vivir en plenitud, y la posibilidad de su realización. Lo que se llama dolor es la experiencia humana de la impotencia de superar los obstáculos, la necesidad de someternos al mal. Por eso decimos que sentimos dolor a causa de una herida en una pierna o dolor por la muerte de un ser querido. En nuestra vida, nuestro deseo de vivir fracasa con frecuencia con la enfermedad, con la pérdida de personas queridas, por diversas circunstancias, por destrucciones, catástrofes, violencias y, al final, por nuestra propia muerte. El mal es como la negación del deseo de vivir, una frustración de ese mismo deseo. ¿Ante todo esto puede decirse que tiene sentido el vivir?, incluso, ¿tendría sentido el desear la vida?

El mal solo se da a partir de una dimensión propia del hombre: la libertad. Un movimiento sísmico espantoso observado por un telescopio de gran potencia en un planeta deshabitado, que ha cambiado la altura de sus montañas y su antigua configuración cartográfica, no es un mal, es un reajuste de ciertas fuerzas telúricas presentes en aquel planeta que pueden servir también para estudiar el desarrollo del planeta Tierra. Pero un sismo ocurrido en Suramérica o en Asia, en una zona densamente poblada con centenares de muertos es un mal terrible. Solo en relación con el hombre libre y deseoso de vida se experimenta el mal. Solo el hombre se pregunta por el sentido del mal en la vida y por el sentido de la misma vida sometida al mal. Un animal padece, pero no sabe que padece, no se pregunta hasta cuándo sufrirá, ni por qué sufre.

Es así como el mal y el consecuente dolor que acarrea se torna escándalo, problema, interrogante sobre el sentido mismo de la existencia. Porque la pregunta no atañe al mal en sí mismo, sino a la relación del hombre con el sentido de su vida y esto nos pone al creyente y al no creyente ante Dios. Un antiguo escritor, Lactancio, escribía en estos términos: «o Dios quiere eliminar el mal y no lo puede, o bien puede eliminarlo y no quiere, o bien ni quiere ni puede, o bien lo quiere y lo puede». Como se ve, desde la antigüedad, nadie trata de explicar el bien y el dolor, ni de mostrar tampoco, aun menos, su sensatez; sino de encontrar un sentido para el hombre que se ve atacado o torturado por el mal, por el dolor. Nadie puede «comprender el mal»; será una gracia extraordinaria llegar a comprender qué sentido tiene la existencia humana marcada por el mal y por el dolor. El mal y el dolor que lo acompaña asumen formas muy variadas, a nivel individual puede ser físico, psíquico o moral; a nivel social puede haber guerras, genocidios, violencias, etc., y a nivel cósmico: terremotos, inundaciones, volcanes, huracanes, etc. No existe el mal en abstracto, sino siempre en relación con nosotros, situado siempre frente a nosotros.

En la Biblia, el libro de Job nos habla de los sufrimientos atroces de un hombre que se lamenta de este modo con sus amigos: «¿Hasta cuándo atormentarán ustedes mi alma y me acribillarán con palabras?» (*Jb* 19, 2). Esos amigos de Job trataban de buscar razones para el sufrimiento que aquejaba al pobre hombre. Esas razones pueden ser fundamentalmente de dos géneros: primero, tú sufres porque has obrado mal en la vida y ahora Dios te castiga; segundo, tú sufres porque Dios, como tú eres bueno, te prueba para ver tu aguante. Realmente, las palabras que dice Job a sus amigos concuerdan con la situación de cada uno de nosotros cuando está en medio del sufrimiento: no queremos oír explicaciones de por qué sufrimos, esperamos más bien encontrar un sentido al mal que padecemos y al sufrimiento que él nos trae. Ante el mal y en relación a Dios:

— Podemos rebelarnos.

— Podemos resignarnos: (¿qué vamos a hacer?, tengo que aceptar y pasar por esto).

— Podemos rendirnos ante Dios: Señor, solo Tú sabes...

Si abrimos la Biblia, desde sus comienzos veremos que el mal no proviene de un gesto creador de Dios. Al final del acto creador, cuando Dios contempló el cielo, la tierra, los árboles, los animales, el hombre, dice el libro del Génesis (*Gn* 1, 31): «Vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era muy bueno». En la cumbre de esta creación está el hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza, como un ser capaz de abrirse al mundo, de encontrarse con Dios, de actuar sobre la

naturaleza y someterla, el hombre puesto en medio de la creación es lo que le da sentido a todo lo creado. En medio del Jardín del Edén está un ser abierto al diálogo con Dios, pero también expuesto a la posibilidad del mal, esto es, del rechazo de Dios y de los hermanos.

En medio de aquel jardín de delicias donde el hombre y la mujer han sido puestos por Dios hay un árbol, de cuyo fruto no deben probar ni uno ni otro, es llamado curiosamente el árbol del bien y del mal. ¿Qué significa simbólicamente este árbol al cual el hombre no debe acercarse para probar sus frutos? Ese árbol es, precisamente, como el único límite que Dios pone a la libertad del hombre. El ser humano puede escoger entre todos los bienes de aquel jardín que ha recibido de Dios como regalo, podrá ejercer su libertad para elegir entre muchos bienes, pero no debe elegir nunca el mal y no debe escudriñar buscando los límites del bien. Mejor no toca esa línea tan débil que puede quebrarse. Aparece en ese momento en el relato bíblico el tentador, el maligno, el que le sugiere a la mujer que ella y el hombre coman del fruto del árbol para que se hagan dioses al saberlo todo. Cuando el hombre se pretende un dios, topa con el mal, trastorna el orden del mundo, sufre y hace sufrir.

En el relato bíblico, el mal tiene forma de serpiente, por su manera silenciosa y astuta de introducirse en el querer del hombre. ¿Será el poder antidivino del mal una realidad personal? ¿Será el diablo una persona, es decir, tendrá un ser personal? Dice muy claramente el Cardenal Ratzinger: «Cuando se pregunta si el diablo es una persona, habría que responder justamente que él es la no persona, la disgregación, la disolución del ser persona; y por eso constituye su peculiaridad el hecho de presentarse sin rostro, el hecho de que lo desconocible sea su verdadera y propia fuerza». El diablo es, por tanto, una realidad contradictoria, de él no sabemos casi nada, pero podemos descubrirlo por sus efectos y estamos capacitados para luchar contra sus insidias.

Sería un error que un cristiano creyera que el diablo es un dios del mal. No existen el dios del bien y el dios del mal, esta fue una antigua religión de los persas que tuvo también sus manifestaciones en los inicios del cristianismo en una secta llamada Maniquea, que consideraba el mundo sometido a dos poderes enfrentados, el poder del bien, que pudiéramos llamar Dios, y el poder del mal, que pudiéramos llamar el diablo. Pero la Biblia no admitió nunca ninguna forma de dualismo metafísico. En el mundo físico encontramos unas realidades contradictorias de la realidad conocida y estudiada tradicionalmente por la ciencia. Así la antimateria, cuya constitución es totalmente diversa de la materia. Existen en el espacio sideral los grandes huecos negros que no son ni estrellas ni planetas, sino justamente ausencia, vacío, hueco, son como grandes agujeros que pueden absorber y tragar toda materia que se acerca. Estos huecos negros no se conocen porque brillan, porque tengan una masa material, porque emitan rayos de luz, sino por los efectos que producen a su alrededor engullendo todo lo que se acerca a ellos. Esto parece ser la nada, la ausencia de luz y de masa. Es como una negación de todo lo demás que existe.

Lo antidivino es algo de un género análogo, puede ser al mismo tiempo uno y muchos, anónimo y amorfo e impersonal.

Cristo, con su muerte en la Cruz, y con su Resurrección, hace valer su dominio absoluto sobre todas las potencias malignas. A nosotros, cristianos, nos interesa saber más sobre el vencedor, que es Cristo, que sobre las oscuras potencias derrotadas por Él, que no tendrán nunca ningún peso definitivo en la trama de la historia de los hombres.

Jesús no hizo discursos sobre el mal y el dolor, pero sufrió personalmente hasta morir en una cruz, a pesar de que nadie «podía acusarlo a Él de un pecado». En el Nuevo Testamento, el mal se concentra en la pasión y muerte de Jesús, cuya historia, desde el comienzo de su vida pública, es de sufrimientos, de rechazos, de humillaciones y de burlas, hasta el extremo de que muchos autores opinan que los evangelios son el relato de la pasión de Jesús con un preámbulo largo donde se ve su camino hacia el sufrimiento y un epílogo más breve donde se narra el triunfo definitivo de Jesús sobre el mal y la muerte. El Evangelio de San Marcos resume en una frase todo el dolor que debía sufrir Jesús: «el Hijo del Hombre tenía que padecer mucho» (Mc 8, 31). Jesús, que sufre y es condenado a

muerte, se presenta ante nosotros como aquel en quien puede reconocerse todo ser humano: «¡He aquí al hombre!» (*Jn* 19, 5), no comprendía Pilato la amplitud extraordinaria de la frase que decía al presentar a Cristo golpeado y ultrajado delante de su pueblo. Sí, he ahí lo que somos cada uno de nosotros, humanos, sometidos al sufrimiento y a la muerte.

Dice San Pablo: «el lenguaje de la cruz es una locura para los que se pierden; pero para nosotros que nos salvamos es poder de Dios... nosotros anunciamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos» (*1 Co* 1, 18-23). Esa es la respuesta de Dios al dolor del hombre, a los sufrimientos que el mal causa al hombre, la pasión y muerte de su Hijo: Dios se dejó golpear, herir y someter al dolor para vencerlo. Su respuesta al dolor humano es la «compasión», la solidaridad en el dolor. Es así como la cruz de Cristo nos descubre el bien y el mal, no nos explica el sufrir, el dolor, la frustración continua del hombre que busca el bien y la felicidad sin encontrarlos. La Cruz no emplea argumentos y palabras para decirnos un por qué, sino nos descubre el sentido que puede tener el mal, el sufrimiento, el dolor en la vida humana, nos descubre el para qué. Cristo hizo su ofrenda por amor porque: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos». El Cristo que sufre por amor nos revela el rostro de Dios, del verdadero Dios que es misericordioso. Él nos revela así el bien supremo. Jesús se encara con la muerte y la vence porque hace una ofrenda de su vida y nos enseña a morir sin miedo poniendo nuestro espíritu en manos del Padre. Liberarnos del miedo a la muerte, que es la mayor esclavitud del hombre, es la gran liberación que se opera en la cruz, y así lo que aparece como un mal terrible infligido por los hombres malos, haciendo uso de malas artes, se convierte en un bien superior, en el supremo Bien de abrirnos Cristo las puertas del cielo y de entrar victorioso en él para prepararnos una morada.

En el Jardín del Edén, la serpiente, el mal, el tentador de mil rostros apareció enredado en el tronco del árbol del bien y del mal y pareció que vencía al hombre y a la mujer que, abusando de su libertad, desobedecieron a Dios y cometieron pecado.

Pero del tronco del árbol de la cruz, plantado en la cima del Calvario, colgó gloriosamente Jesucristo y desde allí Él fue el vencedor del pecado, del mal y de la muerte. Leamos cómo canta esta victoria el Misal Romano en el Prefacio de la Exaltación de la Santa Cruz.

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque has puesto la salvación del género humano
en el árbol de la cruz,
para que, de donde tuvo origen la muerte,
de allí surgiera la vida;
y el que en un árbol venció, fuera en un árbol vencido,
por Cristo Señor nuestro.

Cada uno de nosotros tiene que vencer con Cristo el mal y el pecado, cada uno de nosotros debe encontrar en la ofrenda de Cristo en la Cruz un sentido a su vivir, a su sufrir y a la misma muerte. Tenemos que mirar a aquel que ha sido traspasado. En Él no encontraremos respuestas a nuestros pretenciosos «porqués» del hombre del paraíso que se quiere hacer Dios, sino que descubriremos el humilde «para qué», que nos mostró el Dios que padece por nosotros en la Cruz hecho hombre y que nos hace rendirnos por amor ante la inmensidad y el misterio de tanto amor.

La Cruz nos descubre el supremo Bien y nos muestra que el mal se vence con el amor y que el dolor se transforma en ofrenda. En la Cruz de Cristo está el único y verdadero sentido de la vida.